

# MALOS TIEMPOS PARA LA LÍRICA

**M**alos tiempos para la lírica. Y para la escuela y para el anarcosindicalismo. Este nuevo empuje del neoliberalismo margina todo lo que se resiste a ser rentable, a cuanto evita la plusvalía. Y no parece casualidad ni falta de previsión calculada de antemano. Todo exige decisión, empuje, constancia. Hemos pues de preguntarnos dónde está la constancia del anarcosindicalismo, el empuje y la decisión, dónde está su previsión y su cálculo, qué acciones nos corresponden tras décadas de pérdidas continuas en la escuela, cuál debe ser hoy nuestra posición y nuestra postura.

No admitimos, ni hoy ni nunca, ni resignación ni rendiciones, pero se hace inevitable afrontar que lo que hemos venido haciendo es lo que nos ha traído al lugar en donde estamos, el lugar en donde la escuela pública es menos escuela y menos pública. Corresponde la hora de la humildad, reconocer los errores y aprender de los mismos, de planificar nuevas estrategias, de asumir nuevos riesgos. Nuestros errores, nuestro retroceso y nuestro fracaso pueden iluminarnos la senda de recuperación de derechos, de compañeros y de compañeras, de vocación docente.

Quizá hayamos derrochado muchos cursos enfrentándonos al poder político, y lo que es lo mismo, olvidándonos de nuestra sociedad que es destinataria última de nuestro servicio. Sindicatos y patronal han llevado nuestros empleos a la vergüenza con sus firmas y, tanto la clase trabajadora como la ciudadanía, lo ha aceptado adormilada en sus márgenes de comodidades y privilegios, pero ese margen es más marginal cada día y más numeroso también. Sabemos, sin necesidad de que nadie nos lo cuente, que el anarcosindicalismo ha apoyado a la clase trabajadora allí donde sus derechos han sido vulnerados y que nuestra lucha sindical ha servido siempre que el trabajador ha luchado con nosotros, pero, ¿qué ha pasado con los estudiantes y sus familias?, ¿cuánta inseguridad y ojos morados han sufrido sin que nadie denuncie situaciones imperdonables en la escuela-no-escuela de nuestros días? ¿Cuántos días sin profesor, sin bibliotecas, sin aseos limpios?

Podrá ser que hayamos equivocado al interlocutor adecuado y quizá también hemos confundido nuestra respuesta y nuestra actitud quejosa, malhumorada y sin ilusión. Ni podemos dejar de enseñar ni podemos dejar que la enseñanza sea un arcaísmo del siglo pasado, no podemos permitir que la escuela se convierta simplemente en un centro de menores sin ninguna otra cualidad más allá de facilitar la conciliación familiar. En el crudo invierno, con las farolas aún serenas, nuestros hijos e hijas, aún dormidos, allí son descargados, allí son desayunados, allí son educados, allí son alimentados, allí son extraescolarizados y allí son recogidos cuando ya casi están dormidos y



las farolas vuelven a hacer de antiguos serenos, ¿y todavía hay familias que quieren más escuela para sus hijos e hijas? Los centros públicos son menos y menos cada vez, ya menos que los privados (cuando menos en Madrid) cuyo mantra es la plusvalía. ¿Y aún hay gente que apoya orgullosa al sector privado?

Si algún papel pendiente le queda hoy al anarcosindicalismo nos parece que no es otro que el de apelar al sentido común y aplicarlos a la escuela pública. Podemos sentirnos orgullosos de nuestra bravura y de nuestra lucha sindical y de todo el apoyo que hemos sido capaces de prestar a quien lo ha necesitado en su escuela. Pero se hace imprescindible recuperar el sentido verdadero de una escuela. No queremos que se convierta en un internado de niños con hogar vacío, no queremos que la ideología marque cómo deben de ser y coarten su libertad, no queremos que sea el negocio al que la iglesia siempre le encuentra el beneficio. No queremos desayunos, ni aulas virtuales, ni bilingüismos sajones en una tierra ibérica que es políglota.

Nuestra escuela lo que necesita es la participación y la defensa de las familias y de todo el barrio para aprovechar sus canchas, su salón de actos y hasta el último de los rincones, para dinamizar jornadas, excursiones y experiencias.

Necesitamos reivindicar el espacio de las aulas como matriz del conocimiento, mimbres del pensamiento y del juicio; el lugar donde el profesorado consiga que los alumnos y alumnas sepan cuanto saben y no él, donde dé gusto escucharles, donde la enseñanza y el aprendizaje recuperen su espacio frente a la educación y la doma.

Lo que podemos dar a nuestra escuela son grandes dosis de compañerismo, de pedagogías cooperativas, de metodologías que ponen en práctica toda nuestra teoría y toda nuestra ideología, pero sin que ello impida no olvidar que nosotras vamos a la escuela a enseñar contenidos y la muchachería a formarse académicamente.

Hay que encontrar la manera de evitar el despilfarro de los presupuestos de los Ministerios y Consejerías competentes, porque debería descubrirse qué porcentajes llenan bolsillos y cuáles acaban en el seso de nuestro estudiantado, qué sentido tiene becar al que más tiene o si lo que se pretende es

zancadillear a la escuela pública frente a la escuela empresarial, el bien de todos frente al de unos pocos. porque la administración no parece gestionar sus escuelas. Hay que pitar penalti, porque es la enésima zancadilla que nuestra administración propina a la escuela pública, y todos sabemos que eso es trampa, que eso no vale, que eso es una infracción clamorosa.

Además, debemos tener claro que la escuela y lo que allí se hace es para el pueblo y del pueblo. Por eso tenemos que convocar a toda la sociedad para que potencie y exija toda la posibilidad liberadora de la escuela cuando está bien enfocada.

Por eso las escuelas deben abrirse a los barrios e invitar a las familias y a las diversas asociaciones que allí actúan, para que se implique en proyecto educativo realmente liberador, que busque la plenitud personal y comunitaria, en especial del alumnado y del profesorado, pero también de la sociedad con la que interactúa.

Estamos en tiempos complicados, muy complicados, y exige desarrol-

lar la capacidad de entender bien lo que está pasando y discernir cuáles son las mejores soluciones, soluciones sostenibles y enriquecedoras al mismo tiempo. Para lograrlo, el anarcosindicalismo posee una larga tradición implicada en ese tipo de tácticas y estrategias, no basadas en algoritmos y nuevas tecnologías, sino guiadas por una práctica solidaria y autogestionaria.

Aunque no es fácil resumir, estas pueden ser algunas ideas llevar a cabo nuestra propuesta:

- 1.- Desmontar una visión corporativa de la escuela e involucrar al profesorado de una visión más global del sistema educativo.
- 2.- Fomentar la participación de padres, madres estudiantes en la vida escolar para evitar la escuela como "centro de internamiento especializado" gestionado por "expertos".
- 3.- Movilizar al profesorado en torno a objetivos compartidos y a dinámicas de autogestión en el proceso de aprendizaje.
- 4.- Combatir la burocracia administrativa.
- 5.- Buscar la cooperación entre los centros próximos geográficamente.
- 6.- Reivindicar medios económicos y materiales para conseguir una mejora cualitativa del aprendizaje.

